



VII

EL SUICIDIO

El siglo XIX, por sus tendencias gentílicas, ha producido el suicidio más que ninguna otra edad cristiana. Ese delito, tan opuesto á la naturaleza y á la sociedad, ha sido el crimen pagano por excelencia.

En Grecia, en algunas escuelas se le consideró como acto de heroísmo, y los estóicos lo recomendaban en el Pórtico, á decir de algún escritor. (1)

Más todavía: en Grecia, como en Roma, no se castigaba el suicidio en la sucesión del criminal, cuando el aspirante ocurría al Senado, exponía las razones que lo impelían á abandonar la vida y recibía de la *justa* asamblea un pasaporte para la eternidad, ó sea el permiso de darse la muerte de *la manera que los jueces indicaban*. (2)

En Roma el suicidio entraba en las costumbres, y aun suponíendosele como fin adecuado á la dignidad patricia, se imponía en castigo á los augustanos que desagradaban al César, bastando una simple orden de Nerón para que se abriesen las venas hombres tan grandes como Petronio, Paulino, Séneca y Lucano.

Pero el cristianismo abolió tan horrible costumbre, y si en la Edad Media el crimen no desapareció enteramente, como lo comprueban muchas leyes penales (3), siempre tuvo el carácter de un hecho aislado, ex-

cepcional y grandemente odioso, sin que pueda saberse en la mayoría de los casos si los suicidas eran ó no dementes, así porque la ciencia y los tribunales disponían de escasos medios para averiguarlo muchas veces, como porque no se cuidaban de ello (al menos Francia) ya que la ley en extremo severa, y ante todo ejemplar, consideraba igualmente punible el suicidio del loco que el del cuerdo. (4)

En donde el cristianismo impera, ese monstruo del suicidio muy rara vez asoma la cerviz, pues considerar como suicidas á los mártires, según lo hacen algunos escritores indoctos, y aún el mismo Durkheim, para ser consecuente con sus doctrinas, es necedad incalificable, mayor que la de los que hicieran igual imputación á los que sacrifican su vida por la ciencia y por la patria. Quizá adelante tengamos ocasión de decir una palabra más acerca de esto. (5)

Ya en el siglo XVIII ese crimen comenzó á ser frecuente como lo atestigua Buonafede (6);—pero en el XIX tomó proporciones tales, que algunos sociólogos poco observadores lo han tenido por locura especial, contagiosa y epidémica. (7)

Durkheim ha escrito acerca del suicidio una obra estimable de cuyos datos abundantísimos é inconcusos se puede deducir lógicamente, aunque él no lo haga de un modo explícito, que la causa más ó menos mediata y más frecuente del suicidio es la falta de creencias religiosas, y así lo han creído antes que él, no sólo el católico Buonafede, un religioso, sino los principales sociólogos que han escrito acerca del suicidio, entre los que se cuentan algunos protestantes. Dice el jesuíta Roure:

“Todos los sociólogos modernos que se ocupan en el suicidio, proclaman la influencia preservadora de la religión, en esto van de acuerdo positivistas, espiritualistas y creyentes.”

“El doctor Corre no piensa de manera distinta que Brierre de Boismont y Legoyt, ni que M. Levasseur. No es ciertamente un religioso como el P. Appiano Buonafede, sino un médico y un fisiologista el que ha escrito que la religión católica tenía en la confesión una palanca y una válvula de seguridad eficacísimas, y lo decía en voz alta, á riesgo “de hacer reír de lásti-

ma á varios metafísicos alemanes y aun á algunos más.”

“M. Durkheim se inclina á hacer la misma confesión. Hablando de las relaciones del capital y del trabajo, dice que, “hasta los últimos tiempos, existía un sistema de poderes morales que servía para reglamentarlas. Existía la religión, cuya influencia se hacía sentir igualmente sobre los amos, sobre los pobres y sobre los ricos; la religión que consolaba á los desvalidos y los exhortaba á contentarse con su suerte, enseñándoles que el orden social es providencial, que la parte que corresponde á cada clase ha sido fijada por Dios mismo, y haciéndoles esperar en un mundo futuro, justas compensaciones á las desigualdades de éste; que moderaban á los ricos recordándoles que los intereses terrestres no son el todo en el hombre, que deben ceder á otros más elevados, y por consiguiente, que no merecen ser perseguidos sin regla ni medida.” (8)

Sin embargo, Durkheim, positivista declarado, como dice el P. Roure, y que parece serlo por educación y convicciones, trata de buscar á la funesta costumbre otras causas diversas de la disminución de la fe, cediendo al instinto ó á la reflexión común en los impíos de no querer hacer al cristianismo una concesión que constituye argumento positivo de verdadera fuerza. Si careciendo de fe el hombre se suicida y la sociedad se acaba, ¿no es el que combate la religión enemigo de la humanidad? Pero Durkheim, verdadero sabio, digno profesor de sociología en la facultad de letras de Burdeos, hombre honrado sin duda, expone con franqueza cuantos datos le sugiere la estadística y la observación, y aun cuando se advierte en él cierta resistencia á atribuir la costumbre del suicidio á la causa indicada, acaba por convenir en que ella no puede ser más que del orden moral, consistente en cierto aislamiento, en cierta falta de solidaridad fraterna que quita al hombre la virtud de la resignación y el valor de luchar, cuando el suicidio es egoísta (9); y al revés, en cierta sugestión mal sana que la sociedad ejerce sobre el individuo, si éste le pertenece con exceso, cuando el suicidio es altruista.

El ingenioso profesor expresa su idea del modo siguiente:

“En el orden de la vida, nada desmesurado es bue-

no. Un carácter biológico no puede cumplir su misión, sino á condición de no traspasar ciertos límites. Sucede lo mismo con los fenómenos sociales. Si, como acabamos de ver, una *individuación* excesiva conduce al suicidio, una *individuación* insuficiente producirá los mismos efectos. El hombre separado de la sociedad, se mata fácilmente, lo mismo que cuando está fuertemente ligado á ella (*fortement intégré*).” (10)

Para llegar á esa conclusión, Dukheim analiza los móviles que más frecuentemente se atribuyen al suicidio, como la locura, la raza, la herencia, el clima, etc., etc., y sin negar por supuesto que en casos especiales puedan esos factores determinar el hecho, ejerciendo sobre él más ó menos directa influencia, los desecha en calidad de causas generales, sentando la teoría de la *individuación* y de la *integración*, y perdónesenos los galicismos.

Cuando el individuo no está estrechamente unido al grupo social á que pertenezca, como en las sectas protestantes, se produce el suicidio egoísta; cuando la unión es de tal naturaleza que la sociedad absorbe al individuo, como sucede en la clase militar, se produce el suicidio altruista, así que ya la relajación de los lazos de solidaridad, ó ya una estrechez de ellos tal, que vengan á constituir más que vínculos, prisiones, son causas generales del delito.

El autor hace consistir ese altruismo en una influencia tal de las ideas sociales en el individuo, que le impongan la muerte en algunos casos como obligación (11); en otros por sugestión, y en determinadas circunstancias (aquí confieso no descubrir el altruismo) en cierta susceptibilidad ó irritabilidad producida por el espíritu de clase que hace al individuo no soportar la contrariedad más ligera (entre los militares una leve reprimenda, por ejemplo) y á causa de motivo tan baladí, darse la muerte.

Desde luego débese advertir que tales causas no son eficientes, pues ni bastan por sí mismas para producir el suicidio, ni indefectiblemente lo producen, ya que ni todos los protestantes, ni todos los militares se suicidan. Serán más que causas, medios propios para la realización del crimen y quedará como causa eficiente suya la libertad humana, sobre la cual puede influir

ciertamente ese estado de *anarquía* ó de *tiranía* social, pero siempre que la religión no la ampare y proteja. En efecto, si en el orden moral un alma no tiene autoridad á que sujetarse ó ésta es débil y floja, no podrá conservar, al menos por lo común, la fe y las costumbres, y del mismo modo si pesa sobre ella un yugo que no puede sacudir y le hace la vida insoportable, buscará la libertad en la muerte, si le faltan la fe, la esperanza y la resignación, ó si la sociedad á que pertenece pueda vencer el precepto de su creencia que le prohíba quitarse la vida.

La concurrencia de las causas del positivista francés con la irreligión, serán—digo yo—los más comunes motivos del crimen que estudiamos, y adicionada así la teoría, me parece admisible y capaz de defensa.

A sus conclusiones llegó Dukheim, analizando con gran sagacidad una estadística casi perfecta que lo conduce á la certidumbre de que los católicos, y principalmente los judíos, son los que menos se suicidan. ¿Qué principio general los rige, para explicar la causa de esa relativa inmunidad? Una perfecta integración que entre los católicos establece el principio de autoridad, y entre los judíos la necesidad de la unión más estrecha, de verdadera fraternidad social, único elemento de defensa común en un medio que, por lo general, les es contrario.

No dudo de que el principio de autoridad de la Iglesia sea preservativo de suicidio, pero de un modo mediato ó indirecto. Esa autoridad educadora y conservadora, mantiene y vivifica la fe, manantial continuo de esperanza y de caridad, y en esas virtudes, el creyente bebe aguas de vida, que lo alejan de la muerte voluntaria, al punto de que **ES IMPOSIBLE QUE UN CATOLICO SINCERO Y PRACTICO LLEGUE A SUICIDARSE**. Así puede deducirse de los mismos principios de Durkheim. (12) por más que éste en sus conclusiones, quizá por respetos humanos, se resista á ser tan explícito.

En cuanto á los judíos, su cohesión, integración, solidaridad ó como quiera llamarse, es más física que moral, (si la hubiera sería otro elemento de preservación) y la liga formidable que su genio organizador les ha hecho constituir para la defensa común, les pro-

porciona medios de vida fácil, muchas veces cómoda, y no pocas opulenta, que naturalmente los aleja del suicidio, al cual, por otra parte, su temperamento siempre ha sido refractario, como lo observa el P. Roure, "pues matarse—dice con gracia—es renunciar á tentar la suerte y á acumular dinero." (13)

Perdónesenos esta larga disquisición, pero á nuestro intento conviene demostrar que el suicidio es vicio genético, planta venenosa que se desarrolla únicamente cuando el ambiente puro del cristianismo es substituído por aires insalubres, y uno de los mejores argumentos que podemos hacer valer para demostrar que el siglo XIX es el más pagano de los tiempos cristianos, estriba en que el suicidio en él se ha desarrollado más que en ninguna otra época católica.

En efecto, Buonafede dice que el suicidio, como plaga social, no apareció sino hasta el Renacimiento, después de haberse extinguido con la antigua Roma, y aun cuando faltan estadísticas anteriores al siglo pasado, se puede asegurar sin la menor vacilación, con sólo echar una ojeada á los historiadores y literatos de los siglos XVI, XVII y XVIII, que en ninguno de ellos, ni aun en el último, la plaga tomó las proporciones que ahora, y ni siquiera pudo llamarse enfermedad social.

Hoy, Durkheim y el Jesuíta Roure, comentador del primero, proporcionan los siguientes datos:

"En efecto—dice el P. Roure—es cosa verdaderamente lamentable la multiplicación siempre creciente del suicidio en todas las naciones europeas. Ya en 1841, el traductor francés del P. Apiano Bounafede (1716-1793), general de los Celestinos, autor de una *Historia crítica y filosófica del suicidio*, escribía: "Hoy el suicidio ha llegado á estar de moda. Sigue una marcha ascendente de la que es difícil prever el término." ¡Qué diría si escribiese en nuestros días y cuánto más legítimos aún serían sus temores!

"La cifra de los suicidas franceses ha subido á más del cuádruplo en el espacio de sesenta años. En 1831, se contaban 2,084 suicidas;—4,454, en 1861;—4,490, en 1871;—6,741, en 1881;—8,884, en 1891, y 9,054 en 1893.

"La misma progresión creciente continuó en los de-

más países de Europa, con excepción de Noruega, pues parece que las diferentes naciones se disputan la palma en este *record* de nuevo género. ¡Funesta emulación!

"Si se investiga el número de suicidas anuales por cada millón de habitantes, se descubre, desde el período 1866-70 al 1878-82, el aumento siguiente:

BELGICA	de 66 suicidas á 100
AUSTRIA	de 78 suicidas á 163
BAVIERA	de 90 suicidas á 133
PRUSIA	de 142 suicidas á 166
SAJONIA	de 293 suicidas á 392

"Por todas partes se advierte el mismo deplorable progreso: ¿será indefinido?

Ved, además, el lugar que ocupan las diversas naciones de Europa en tan triste concurso. Escogemos el período de 1888-92, por ser el más uniformemente observado. Si después ha crecido todavía el número de suicidios, las posiciones relativas de los diversos países no varían, al menos notablemente. Sobre un millón de habitantes, el diezmo anual pagado á la funesta plaga, es:

	Suicidios
IRLANDA...	17
ESPAÑA...	30
ITALIA...	45
NORUEGA...	69
INGLATERRA...	76
SUECIA...	92
BELGICA...	100
AUSTRIA...	163
PRUSIA...	166
FRANCIA...	180
SUIZA...	239
DINAMARCA...	258
SAJONIA...	392

La extensión del suicidio ha conducido á un resultado inmediato: su condenación unánime por todos los sociólogos y criminalistas de valer. No lo ven hoy

los pensadores con la indulgencia que le concedieron Montesquieu y Juan Jacobo Rousseau, y apenas se la otorgarán los que adulan al pueblo en vez de dirigirlo, como son los periodistas, novelistas y autores dramáticos." (14)

Roure no lo advirtió, por ser cosa que no conducía á su propósito; pero el año de 54 es una de las etapas de la estadística de los suicidios, y como nota Durkheim, (15) en esa época se recrudeció la epidemia, circunstancia que hago notar sólo como mera curiosidad histórica, pero que bien pudiera significar, ó una reacción del espíritu del mal contra la declaración del dogma, ó la necesidad imperiosa de recurrir á la Virgen Inmaculada para poner coto á aquella marea de sangre siempre en creciente.

Porque ¿qué medio mejor en el orden sobrenatural para combatir el suicidio, el más feroz enemigo de la vida humana, que la oración á la Virgen pura, personificación de la humanidad íntegra, intacta, perfecta?

El pecado de Adán fué una especie de suicidio, porque á él y á su descendencia los condenó á la muerte, y la Concepción Inmaculada de María, fué la gloriosa restauración del orden turbado por el atroz delito.

Pero si la Iglesia buscaba un remedio al mal del siglo en aquel homenaje solemne á la Madre de Dios, ¿por qué la recrudesencia de la infernal plaga, después de que la Reina del Cielo fué declarada libre del influjo del PRIMER HOMICIDA?

Desde luego, creemos que en los países católicos el suicidio ha disminuído desde entonces, y la ley sociológica del mismo Durkheim lo puede demostrar. ¿No es un hecho, como lo demostraremos después, que la declaración de la Inmaculada preparó la de la Infalibilidad, y no es ésta la fuerza más grande del principio autoritario? ¿Y qué cosa integra mejor un grupo social que ese principio?

Por otra parte, la estadística como ahora se forma, puede, como lo demuestra Durkheim, conducir al descubrimiento de algunas leyes sociales, pero para averiguar las verdaderas causas del suicidio nos parece insuficiente, y sólo nos darían completa luz los datos biográficos de los suicidas. En efecto, no hay que confundir un país católico con el grupo de católicos de

esa nación. En México, por ejemplo, se dirá que ha habido cien suicidios por año, supongamos, y la estadística anotará esa cifra como relativa á un país católico. Pero aunque vivan en país católico los suicidas, ¿pertenece á esa religión? Pueden, y son muchas veces protestantes, pueden haber sido educados sin religión alguna, pueden haber abandonado la que tuvieron, y entonces no hay razón para considerarlos católicos y querer sacar de ese pretendido catolicismo alguna consecuencia.

No diré ya entre los católicos sinceros y observantes, **PORQUE ENTRE ESTOS NO PUEDE COMPROBARSE UN SOLO CASO DE SUICIDIO**, sino entre los que han nacido en la fe y no la han abandonado formalmente, cierto estoy de que el número de suicidas, ha disminuído y nuestra ciudad es un ejemplo de ello. (16)

La estadística que copié arriba que indica recrudesencia de suicidio en algunos países católicos, nada prueba en el caso, porque no se refiere al grupo, sino á naciones como Bélgica y Baviera, en que abundan también los protestantes, socialistas y librepensadores, aunque tomados en conjunto y en general puedan llamarse países católicos.

Taine, dice el P. Ferbes, calculaba en un 25 por ciento el número de niños no bautizados en París, y en 24 ó 25 por ciento también el número de matrimonios y sepelios civiles; cálculo que se hacía cuando las escuelas laicas no daban aún sus resultados.

El mismo P. Ferbes cree que en París, la enorme muchedumbre de 700.000 habitantes, es decir, la cuarta parte de la población total, es indiferente ú hostil hacia la Iglesia, es decir, enteramente pagana (17), y sin embargo, las estadísticas, candorosamente continuarán considerando á París ciudad católica, y reputando católicos los suicidas de esa población.

Pero aun cuando esa recrudesencia de suicidios en 1854 se hubiera advertido entre los mismos católicos, nada prueba en contra de la eficacia de la declaración, porque la Providencia, siguiendo las vías comunes y ordinarias, puede permitir la exacerbación del mal para que más pronto desaparezca; porque cuarenta ó cincuenta años nada significan en la inmensa suce-

sión de los siglos, (son un punto tan sólo) y no debemos llamar ineficaz la mediación porque no obre luego; porque tal vez sin la declaración, la marea de sangre del suicidio, que en ese mismo año de 54 tomó tan espantosas proporciones, hubiera crecido mucho más, hasta donde la imaginación no puede seguirla.

Tengamos únicamente por ciertas estas dos proposiciones: en el orden sobrenatural nada puede ser más eficaz contra el suicidio que la intervención de la Virgen María, de la mujer privilegiada, libre de aquel trascendental pecado que condenó á la humanidad á la muerte; en el orden natural, como ya se ha visto, el dogma de la Infalibilidad Pontificia fortificó la autoridad de la Iglesia y perfeccionó por decirlo así, su *integración*, sin que ésta llegue á constituir despotismo ni á producir esclavitud, porque consiste en concordia y armonía de conciencias y de corazones.



ESPIRITISMO Ó MAGIA ANTIGUA

VIII

ESPIRITISMO Ó MAGIA ANTIGUA